

# 1912: anatomía de un silencio

Roberto Castell  
Escritor y periodista  
Batabanó, Mayabeque, Cuba

## *Documental*

La proyección de esta cinta causa impacto en la sala. Se escuchan epítetos negativos a José Miguel Gómez y Martí hijo. Estremece la letra del guaguancó, un recordatorio de la contribución del negro carabalí a la causa independentista. Al cabo de hora y pico, el trabajo está hecho. Los créditos destensa la atmósfera y hay consenso en la sala contra lo que se califica de silencio oprobioso. Yo discrepo: le llamaría silencio prudente.

Tomando como referente la treintena espectadores, se escucha el murmullo del que brota, rauda, la lágrima fácil, que limita el campo de acción a la objetividad. Casi nadie en la sala toma en cuenta algo fundamental: el equilibrio del punto de vista. El documental ha prescindido del análisis frío, concreto, del análisis profundo, razonable, y despojado de sentimentalismos.

## *Contexto social*

Una síntesis del contexto de la Cuba de 1912 hubiese colocado al público en perspectiva. Hace apenas 25 años que se abolió la esclavitud y la masa de cubanos negros adolece aún de falta de valores y normas de comportamiento de la sociedad llamada libre. La masa de cubanos blancos está muy lejos de ser un grupo social condescendiente, comprensivo, flexible, indulgente. Ya sean criollos o españoles, son campesinos ignorantes, convencidos de estar

enmarcados en la cultura hegemónica, única identificada con el progreso, a cuya órbita paradigmática es de suponer que caerá por gravedad, y por voluntad, el resto de las culturas.

Por civilizado se tiene en 1912 al pensamiento social y científico más avanzado. Todo vestigio histórico que pueda resultar un lastre para mejorar la condición socioeconómica de la sociedad se estigmatiza sin miramientos. Falta medio siglo para la revolución cultural que dignificará lo situado fuera de Occidente, y más de siete décadas para que una cultura no occidental despunte como ejemplo del sí se puede, siempre que se occidentalice en la esencia.

La iletrada masa de cubanos blancos tiene ventajas respecto a la iletrada masa de cubanos negros. En un país eminentemente agrícola, poseer tierra es garantía de responsabilidad social y la masa de criollos blancos la posee, en mayor o menor grado, desde la colonia. Los criollos negros, recién emancipados, deben conformarse con trabajarla como obreros agrícolas en los mismos ingenios a los que antes sirvieron como esclavos, por lo que el grado de responsabilidad, ante la estabilidad social, es mucho menor en comparación.

Ser propietario de un trozo de tierra, por paupérrimo que sea, genera un conjunto de valores sociales. Genera una cultura del sacrificio, una conciencia de capitalización y austeridad impensable en quien no responde ante propiedad alguna. En todas las épocas, el

campo fue trabajo, trabajo y más trabajo. La jornada laboral de ocho horas es impensable en un campesino, incluso en la actualidad. No hay domingos, ni vacaciones, ni jubilaciones, ni siquiera uñas pintadas en las mujeres. El trabajo del campesino va desde el amanecer, cuando se levanta a ordeñar las vacas, hasta la noche, cuando termina de recoger los animales. A esta faena ruda no escapan la mujer y los hijos que, desde pequeños, se curten al sol de un sacrificio que causaría escándalo entre no pocos defensores actuales del derecho infantil.

El campesino blanco, embrutecido endurecido por la inclemencia del trabajo, solo podría ver con ojeriza al obrero agrícola que, una vez terminada la jornada laboral, se daba a los placeres del juego, la rumba y el alcohol.

Aunque a la altura de 1912 Europa se des-cristianizaba bajo el influjo de las revoluciones decimonónicas, la masa de cubanos blancos, creyente a su manera, practicaba hasta el paroxismo la moral católica, entendida desde lo positivo y desde lo negativo. Desde lo positivo por el dominio de la voluntad sobre los instintos y el mantenimiento de los deseos dentro de los límites de la honestidad. Claro que este código moral se violaba en la dicotomía casa-calle, y a eso que me refiero con lo negativo. Una moral para la casa y la sociedad, y otra bien distinta para la calle y el burdel; hipócrita, sí, pero estamos en 1912.

Para el criollo blanco, la cultura tribal o el caciquismo proveniente del África, así como la promiscuidad de barracón, constituirían por sí mismos una agresión a la decencia y las buenas costumbres obligatorias de las heredadas apariencias sociales. No tenía el criollo blanco otras referencias, entre otras cosas porque el desarrollo de la época le impedía crear la base económica para cultivarse. El progreso que, décadas después, sentaría las bases para el Estado de bienestar, liberalizando a las minorías y portando el estandarte de la tolerancia, estaba en

pañales. El progreso que multiplicaría la productividad a escalas insospechadas, el progreso que permitiría al campesino enviar a sus hijos a las escuelas para cultivarse, apenas se avizoraba en el horizonte. El analfabeto, rudo, intransigente y moralista, es el hombre blanco de 1912.

### *Contexto político*

En Europa, locomotora del progreso mundial, los nacionalismos hacen furor. Descreyendo y dudando de la idea de un Dios universal, la razón se abandona a experimentar con absoluta libertad y los cerebros más audaces empiezan a disputarse, a elaborar las teorías de la supremacía racial que desembocará, treinta años después, en la peor guerra.

Estamos en 1912. Falta un lustro para que, con el triunfo del bolchevismo, despegue la era de los partidos políticos que explotarán el sentimiento de frustración de los obreros y campesinos, para, una vez exacerbados, arengarlos contra la aristocracia o la burguesía. Faltan décadas para que, con el triunfo primero del fascismo y luego del nacional-socialismo, políticos de la peor calaña exacerben las pasiones raciales en torno a un partido y arenguen a las masas a ejecutar los peores crímenes contra las etnias distintas.

En el ámbito nacional, la patria está en ruinas al inaugurarse la república. El campo, arrasado por la guerra, necesita de capital contante y sonante, así como de mercado. No es tiempo de orgullo patrioter. La masa no razona con la barriga vacía; con la barriga vacía, la masa se hace turba. La naciente república necesita urgente de un sistema de salud y otro de educación; las ciudades necesitan sanearse e insertarse en los códigos urbanos del nuevo siglo. Cuba no está en condiciones de proporcionarse los recursos necesarios por sí sola. Ahora es libre, y debe asumir las consecuencias. Nadie está legalmente obligado a proporcionar esta ayuda y eso Cuba lo

sabe. La ayuda es un favor que no se pide con escopeta. Cuba puede negociar las vocales de la ayuda y el apoyo exterior, pero al ser libre es también responsable de esa libertad y debe asumir con madurez que no está en posición de reclamar todo lo que quisiera. Debe asumir con madurez la obligación de ceder la parte si quiere conservar el todo. Los políticos deben ceñirse a la prudencia.

### *Naturaleza del problema*

Cuando en el año 325 Constantino prohibió los juegos de gladiadores, la medida surtió poco efecto. La ética humanista que propone la nueva religión oficial del imperio choca de frente contra los instintos primarios de la turba poco acostumbrada al freno de la razón. Constantino sabe, de forma empírica, que el diálogo no cabe en la razón poco ejercitada de la muchedumbre de Coliseo de la Roma clásica. Sabe que la ley es solo el primer paso. La ley es apenas el umbral del esfuerzo preciso para que la humanidad avance como tal. Así que, para que dicha ley funcione, habrá que hacerla valer a la fuerza.

Las leyes en la naciente República de Cuba acogen a todas las razas por igual, pero esto no significa que se eliminen los prejuicios raciales. Juntos, blancos y negros han luchado por la independencia; juntos han vencido el primer obstáculo —el dominio español— para fundar la nación y la nación ha nacido con una constitución que refrenda la igualdad racial. Sin embargo, comienzan a perfilarse los obstáculos para la plena integración.

Negros y blancos vienen de culturas muy diferentes. La religión del blanco gira entorno a una autoridad moral milenaria, jerárquica, monárquica y con dogmas claros, que obliga explícitamente a obrar recto, mediante una exhaustiva moderación de los instintos primarios. La autoridad basada en un pacto entre fe y razón es efectiva porque tolera e incluso estimula

ciertos grados de superstición entre las masas ignorantes, con tal de no perder el todo.

La religión del negro, por el contrario, excierba los instintos sensuales. El sacerdote africano no obedece a una deidad que obliga a obrar recto, sino a un conjunto de deidades que obran a capricho, con las que se puede negociar incluso la vida y el destino de otros seres humanos mediante ofrendas, lo cual horroriza al hombre blanco, supersticioso o no, de 1912. Cada sacerdote no solo es libre de traducir el mensaje de espíritus y deidades, sino que también de manipular dichos mensajes a su antojo para lucrar con ganancias o prestigio, sin importar si la deidad o él obran recto o torcido.

Para el militante del Partido Independiente de Color (PIC), cabe suponer que en la carrera social debe dársele ventaja al negro sobre el blanco, por la sencilla razón de que la desventaja es evidente. Para resolver el problema, de carácter eminentemente social, el independiente de color desespera y entonces acude a la política, en vano intento de resolverlo a la fuerza, ignorando que ninguna ley humana, en la práctica, puede regir la conciencia de nadie.

Para el resto de los ciudadanos, la razón indica que las reglas del juego deben ser equitativas. Más adelante la Historia dará su veredicto, pues donde quiera que clases sociales o grupos étnicos se organizaran políticamente y llegaron al triunfo, el remedio fue peor que la enfermedad.

### *Martín Morúa*

Morúa Delgado se adelanta a su época. A diferencia de sus hermanos de raza, curtidos pero embrutecidos en la manigua, Morúa Delgado es un intelectual capaz de ver más allá de sus narices. Conoce y valora la absoluta necesidad del equilibrio social dentro de los partidos políticos. Lo valora porque, como novelista también, conoce la substancia imperfecta de la cual están hechos los seres humanos. Morúa sabe cuan precaria es la convivencia de dos

grupos étnicos tan diferentes culturalmente, que apenas comienzan a mezclarse en esa batidora que es la nueva nación, en un ajiaco que no cuajará —no puede cuajar— de la noche a la mañana. Morúa avizora cuán peligroso es, para la estabilidad nacional y la tranquilidad ciudadana, que uno de los dos grupos raciales se organice políticamente no en torno a posturas políticas, sino en torno a herencias culturales. Y lo sabe noventa años antes que se produzca el choque de civilizaciones que enfrentará musulmanes y cristianos.

El PIC tiene postulados avanzados para su época, qué bien, pero la pregunta es cuánto tardarán en aflorar las pasiones humanas que cegarán la razón; cuánto tardará, el cubano negro, en violentarse contra la familia del terrateniente blanco que lo esclavizó, para saldar así alguna vieja deuda; o cuánto tardará, el cubano blanco, en violentarse contra una raza a la que mira con ojeriza debido a lo relajado de sus costumbres.

### *Conclusión*

Cien años después, la actuación de Morúa Delgado continúa en el limbo. Se le menciona de pasada en la historia y se evita opinar sobre su legado. El tema sigue siendo espinoso. Para referirse a lo ocurrido en el verano de 1912, el término “guerrita” comienza a sustituirse por el de “masacre”, sin tener en cuenta que, por masacre, se entiende la matanza de personas indefensas, no de personas armadas, como lo estaban los alzados, aunque dichas armas fuesen machetes. Tanto para el terrateniente cubano o extranjero, como para el campesino arrendatario o propietario de parcela, el alzamiento de cientos o miles de hombres negros armados con lo que sea, presupone un terror que ningún postulado partidista, por muy avanzado que sea, puede mitigar.

Descartemos el panfleto bien intencionado, y vayamos a la realidad de cientos o miles de hombres alzados. No cuentan con el apoyo de ningún país extranjero, ni con el apoyo de ningún adinerado nacional. ¿Cómo piensa Evaristo Estenez financiar el alzamiento, es decir: la alimentación y el avituallamiento de cientos de hombres? Para el campesino y el terrateniente está más claro que el agua: con el sudor de su trabajo, a las buenas, o a las malas. ¿Cómo podría un campesino o terrateniente aislado negarse a la demanda de dos o tres centenares de alzados de paso por su propiedad? ¿Y cómo piensan cuatro o cinco generales, devenidos políticos, controlar los instintos bajos de la irregular tropa unida concretamente en torno a una raza, no en torno a ideales, como subraya el documental?

No hace falta disquisición intelectual cien años después. El miedo no tuvo que ser inducido por ninguna propaganda. Basta con ser blanco y vivir aislado en medio de la manigua, para darse cuenta del terror que provoca saber que en la zona hay centenares de negros alzados que no tienen qué comer. Y no porque los alzados sean negros, sino porque, al estar alzados por considerarse a sí mismos la raza víctima, convierte a la raza opuesta en la victimaria, con toda la carga sicosocial negativa que esto conlleva.

Con esos truenos casi nadie se atreve a opinar si la enmienda de Morúa desató los acontecimientos o fue la irresponsabilidad de Estenez al arengar a la manigua a sus hermanos de raza en franca desventaja con el ejército regular, para colocar a su patria al borde de una guerra civil. El debate se estanca cien años después, en el pantano de una victimización que culpa al otro, perdiéndose así la posibilidad de integrar a ese otro.